

# **José Mauro de Vasconcelos**

## Vamos a calentar el sol

Traducción de Carlos Manzano

Primera edición, 2014

Título original: *Vamos Aquecer o Sol*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1974 Editora Melhoramentos Ltda. Brasil

Copyright © 2014 Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo

Derechos exclusivos de edición en castellano para España:

© de la traducción, Carlos Manzano, 2014

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta © Elisa Mariela Rodriguez Morales

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-15625-74-2

Depósito legal: B. 5.741-2014

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

## Índice

PRIMERA PARTE: Maurice y yo	13
1. La metamorfosis	15
2. Paul Louis Fayolle	25
3. Maurice	35
4. Risa de gallina	47
5. Soñar	63
6. Vamos a calentar el sol	79
7. El adiós de Joãozinho	93
SEGUNDA PARTE: La hora del diablo	107
1. La decisión aplazada	109
2. El dolor de una injusticia	123
3. El corazón de un niño olvida, pero no perdona	137
4. El cazón y la fracasada guerra de las galletas	151
5. Tarzán, el hijo de los tejados	177
TERCERA PARTE: Mi sapo cururú	201
1. La casa nueva, el garaje y doña Sevéruba	203
2. El bosque de Manuel Machado	225
3. Mi corazón se llamaba Adán	245

4. Amor	259
5. Piraña del amor divino	271
6. La estrella, el barco y la nostalgia	281
7. Partir	291
8. El viaje	303
Último capítulo. Mi sapo cururú	315

*Para*

Doña Antonietta Rudge

Ciccillo Matarazzo

Luizinho Bezerra

y

Wagner Felipe de Souza Weidebach, el «amigazo»

y

también

Joaquim Carlos de Mello



*Ce ne sont pas seulement les liens du sang  
qui forment la parenté, mais ceux du coeur  
et de l'intelligence.*

MONTESQUIEU





PRIMERA PARTE

Maurice y yo



## 1. La metamorfosis

De repente ya no había más oscuridad en mis ojos. Mi corazón de once años se agitó en el pecho atemorizado.

—Jesusito mío del corderito en los hombros, ¡ayúdame! La luz crecía cada vez más y, cuanto más lo hacía, el miedo aumentaba hasta tal punto que, si hubiera querido gritar, no lo habría conseguido.

Todo el mundo dormía plácidamente. Todos los cuartos cerrados respiraban el silencio.

Me senté en la cama con la espalda apoyada en la pared. Los ojos se me abrían hasta casi salirseme de las órbitas.

Quería rezar, invocar a todos mis santos protectores, pero ni siquiera el nombre de Nuestra Señora de Lourdes salía de mis labios. Debía de ser el diablo, con el que tanto me amedrentaban, pero, si hubiera sido él, la luz no habría sido del color de la lámpara, sino de fuego y sangre, y habría habido, seguro, olor a azufre. Ni siquiera habría podido pedir socorro al hermano Feliciano, mi querido Fayolle. A esa hora, Fayolle debía de estar en el tercer sueño, roncando con bondad y paz, allí, en el colegio de los Maristas.

Sonó una voz suave y humilde.

—No te asustes, hijo mío. Sólo he venido para ayudarte.

Mi corazón latía ya contra la pared y la voz me salió débil y asustada, como el primer canto de un gallito.

—¿Quién es usted? ¿Un alma del otro mundo?

—No, tontito.

Y una risa bondadosa resonó en el cuarto.

—Voy a hacer más luz, pero no te asustes, que nada malo te sucederá.

Dije un sí indeciso, pero cerré los ojos.

—Así no vale, amigo. Puedes abrirlos.

Me arriesgué con uno y después con el otro. Había invadido el cuarto una luz blanca, tan bonita, que creí haber muerto y encontrarme en el Paraíso, pero eso era imposible. En casa, todo el mundo decía que el Cielo no era para mí. Las personas como yo iban derechitas a las calderas del Infierno y a asarse en ellas.

—Mírame: soy feo, pero mis ojos sólo inspiran confianza y bondad.

—¿Adónde?

—Aquí, al pie de la cama.

Fui acercándome al borde y me armé de valor para mirar. Lo que vi me dio pánico. Me quedé tan horrorizado, que un frío atravesó toda mi alma, como una cremallera. Volví temblando a la posición anterior.

—Así, no, hijo mío. Yo sé que soy muy feo, pero, si tienes tanto miedo, ahora mismo me voy sin ayudarte.

Su voz se transformó en una súplica, por lo que decidí contenerme, pero tardé bastante en arrastrarme hacia él.

—¿Por qué tanto miedo?

—Pero, ¿eres un sapo?

—Sí. ¿Y qué?

—Pero, ¿no podrías ser otra cosa?

—¿Una cobra? ¿Un caimán?

—Yo lo preferiría, porque las cobras son bonitas y lisitas y los caimanes nadan tan elegantemente...

—Disculpa, pero yo sólo soy un pobre y amistoso sapo cururú. Así, que, si esto te molesta, me marchó: paciencia. Ahora bien, te repito: es una pena.

Se quedó tan triste y emocionado, que poco faltó para que el sapo rayado rompiera a llorar. Aquello me conmovió, porque yo era tan débil, que, cuando veía a una persona llorar o sufrir, se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Bueno, pero déjame respirar más fuerte; después podré sentarme incluso, pues estoy empezando a acostumbrarme a tenerte a mi lado.

La verdad es que las cosas empezaron a cambiar: tal vez por el manso brillo de sus ojos y la actitud apacible de su grotesco cuerpo. Aventuré una expresión de simpatía que salió con tartamudeo. Algo me aconsejaba tratarlo de usted.

—¿Cómo se llama usted?

Él sonrió. Estaba claro que le asombraba aquel tratamiento, pero es que no era corriente encontrarse con un sapo que hablara. Exigía respeto por mi parte.

Se rascó la cabeza y respondió:

—Adán.

—Adán... ¿qué?

—Simplemente Adán. No tengo apellido.

La debilidad volvió a vencerme por dentro. ¿Por qué demonios tenía que emocionarme hasta con un sapo?

—¿Quiere usar el mío? A mí no me importa. Mire qué bonito suena: Adán de Vasconcelos.

—Gracias, amigo. En cierto modo, voy a vivir tanto tiempo contigo, que participaré indirectamente de tu nombre.

¿Había yo oído bien lo que había dicho? ¿Vivir conmigo? ¡Dios del Cielo y Nuestra Señora de las Mangabas! Si mi madre adoptiva lo viera en mi cuarto, daría un grito tan grande, que se oiría hasta en la playa de Ponta Negra. Después llamaría a Isaura para que trajera una escoba y golpeará a Adán y lo mandase escaleras abajo y, como si no bastara todo eso, aún tendría que coger a Adán de las patitas y tirarlo desde la balaustrada de Petrópolis.

—Adivino todo lo que estás pensando, pero ese peligro no existe.

—Menos mal —dije y respiré aliviado.

—Y a ti, ¿cómo debo llamarte? ¿Zezé?

—No, por favor; Zezé ya no existe. Era un niño tonto de otro tiempo. Era un nombre de chaval de la calle... Ahora soy muy distinto. Soy un niño educado, arregladito...

—Eres triste, sobre todo triste. Tal vez uno de los niños más tristes del mundo, ¿no?

—Ya lo sé.

—¿Te gustaría volver a ser Zezé?

—En la vida nada vuelve. En un sentido me gustaría, pero en otro no. Lo de cobrar tanto y pasar hambre...

Volvía aquel antiguo dolor que siempre se empeñaba en perseguirme. ¿Volver a ser Zezé, tener una planta de naranja lima, perder al Portuga de nuevo?...

—Reconócelo. ¿Es que no te gustaría? En aquel tiempo tenías algo que no sientes desde hace bastante, una cosita muy buena: la ternura.

Asentí, desalentado, con la cabeza.

—Pero no todo está perdido. Aún tienes la ternura de las cosas; si no, no estarías hablando conmigo.

Hizo una pausa y comentó con mucha seriedad:

—Mira, Zezé, yo estoy aquí para eso. He venido a ayudarte, a ayudarte a defenderte de todo en la vida, y dejarás de sufrir tanto por ser un niño muy solo... y estudiar piano.

¿Cómo había descubierto Adán que yo estudiaba piano? ¿Y que era uno de los mayores martirios de mi vida?

—Lo sé todo, Zezé. Por eso he venido. Voy a vivir en tu corazón y protegerlo. ¿No lo crees?

—Sí que lo creo. En tiempos tuve un pajarito dentro del pecho que cantaba conmigo las cosas más bonitas de la vida.

—¿Y qué fue de él?

—Voló. Se marchó.

—Entonces eso significa que tienes un hueco para albergarme.

No sabía qué pensar. No podía asegurar si estaba soñando o viviendo una locura. Él era flaquito y tenía el pecho achatado donde las costillas recordaban a un *reco-reco*. ¿Cómo iba a caber ahí un sapo tan gordo? De nuevo él adivinó mis pensamientos.

—En tu corazón yo me haré tan pequeñito, que ni siquiera vas a sentirme.

Al ver mi vacilación, explicó más:

—Mira, Zezé, si me aceptas, todo va a ser más fácil. Yo quiero enseñarte una vida nueva, defenderte de todo lo ruin y barrer esa maraña de tristeza que te persigue siempre. Descubrirás que, aun estando solo, no sufrirás tanto.

—¿Tan necesario es?

—Lo es para que en la vida no seas un hombre muy solo. Al vivir yo en tu corazón, se te abrirá un nuevo horizonte. En seguida notarás una metamorfosis en tu vida.

—¿Qué es una metamorfosis?

—Un cambio, una transformación.

—Entiendo.

La verdad es que sabía también que ya había perdido todo el miedo y la repugnancia al sapo cururú. Hasta parecía que era amigo mío desde hacía unos doscientos años.

—¿Y si acepto?

—Vas a aceptar.

—¿Y qué debería hacer?

—Tú, nada; yo, sí. Sólo necesitarás tener mucho valor y decisión para permitir que yo penetre en tu pecho.

Sentí pavor, como si una chispa eléctrica me raspara los pies.

—¿Por la boca?

—No, bobo. Es que, además, no cabría.

—Entonces, ¿cómo?

—Cerrarás los ojos y yo me echaré sobre tu pecho e iré penetrando, penetrando...

—¿Y no duele?

—No duele nada. Yo haré bajar sobre tus ojos una gran somnolencia.

Luchaba contra mi miedo. Sentía ya en mi piel el frío helado de su viscosa barriga. Adán volvió a leer mis pensamientos.

—Dame la mano.

Obedecía con un sudor frío.



— Vas a notar que la mía también es suave.

Estaba ocurriendo un milagro. La mano de cururú había crecido hasta el tamaño de la mía y daba un calor amistoso y tierno.

— ¿Lo ves?

Con los dedos examiné toda su palma. Me sentía perplejo.

— ¿También usted estudia piano?

Se rió con ganas.

— ¿Por qué?

— Porque no tiene ni un callo siquiera en la mano. Yo soy también así, no puedo subir a un árbol, magullarme los dedos, ni siquiera hacer sonar los nudillos: todo eso está prohibido para no arruinar mis estudios de piano.

Suspiré desalentado.

— ¿Lo ves? Tú me necesitas.

— ¿Y un día dejaré de estudiar piano?

— ¿Tanto detestas la música?

— No es que no me guste. Lo que no me gusta es pasar la vida encima de las teclas, con un sinfín de ejercicios, de escalas que nunca acaban.

Entonces recordé una cosa.

— ¿Sabe usted, señor Adán, que hasta me gusta tocar la escala cromática?

— Sí que lo sé, señor Zezé.

Entonces comprendí que nuestra amistad vedaba que lo tratara de señor y de usted.

Nos reímos a la vez.

— ¿Me ayudarás a dejar de estudiar piano?

— A ver, Zezé. Eso no puedo garantizarlo. Tal vez encuentre un medio para que no sigas sufriendo mucho.

—Ya sería algo.

Él me miraba desde abajo con cierta insistencia. Miró el reloj de pulsera como para recordarme que pasaban las horas.

No titubearía más. Ya sólo el hecho de no fastidiarme con el piano me hizo apresurarme a adoptar una decisión.

—¿Qué debo hacer?

—Ábrete la chaqueta del pijama y no tengas miedo.

—No lo tendré.

—Ahora debes ayudarme. Tira al suelo la punta de la sábana y atráeme hacia arriba.

Listo. Adán ya se encontraba muy cerca de mí. Con la cercanía de la luz, sus ojos cobraban un azul de cielo, cuando éste se pone muy azul. Ya no me parecía tan feo y desagradable.

—Sólo quiero que me digas la verdad. ¿Va a doler?

—Nada, pero es que nada.

—Pero, ¿no vas a comer mi corazón?

—Sí que voy a hacerlo, pero va a ser tan dulce como si masticase una nube.

—¿Y si mi padre me mira un día por rayos X?

—Nadie lo descubrirá, porque con el tiempo yo voy a transformarme en un corazón de forma igual al que tenías antiguamente.

—Yo quiero verlo todo.

—¿No prefieres dormir?

—No. Voy a recostarme en la pared y quedar medio reclinado para presenciarlo.

—Entonces yo voy a hacer que tus oídos sientan una música muy bonita.

—¿Puedo elegir?

—Sí.

— Me gustaría oír la serenata de Schubert y la *Réverie* de Schumann.

— ¿En el piano?

— Sí.

Adán pasó las manos por mi pelo y sonrió.

— ¡Zezé! ¡Zezé! Reconoce que no detestas tanto el piano.

— A veces me parece bonito.

— ¿Vamos?

— Vamos.

La música empezó a sonar, preciosa. Adán se echó sobre mi pecho y todo era tan agradable como una brisa.

— Hasta luego.

Vi que juntaba la boca a mi pecho y empezaba a penetrar. Adán no mentía. Nada dolía y todo sucedía rápidamente. Poco después, sólo se veían sus patitas desapareciendo en mi carne. Me pasé la mano por ese sitio y todo había quedado lisito. Entretanto, mi corazón latía ansioso. Esperé un poco y no pude resistirme.

— Adán, ¿estás ahí?

Entonces la voz llegaba más baja.

— Sí, Zezé.

— ¿Ya has comido mi corazón?

— Estoy comiéndolo, pero no puedo hablar con la boca llena. Espera un poco.

Obedecí contando los dedos. Iba a ser estupendo. Nadie iba a poder adivinar que yo ya no tenía un corazón común, sino un sapo cururú tan amigo.

— ¿Ya?

— Listo. Estaba muy rico. Ahora tienes que dormir y mañana será otro día.

Me desperecé, embargado de felicidad. Me eché las sábanas sobre el pecho y mi cururú, que latía acompasadamente y sin miedo alguno.

Una cosa me hizo sentarme de sopetón en la cama.

— ¿Qué ha ocurrido, Zezé?

— Es que te has olvidado de apagar la luz. Eso es diferente.

— Yo te enseño. Hincha bien los mofletes y sopla.

Obedecí y todo volvió a estar oscuro en mi cuarto. El sueño estaba cerrándome los párpados, que me pesaban, y yo sonreía.

— Adán, ¿te has dormido ya?

— No, ¿por qué?

— Gracias por todo. Y puedes llamarme Zezé todo el tiempo. Incluso cuando me haga hombre un día. Puedes hacerlo, porque me gusta, ¿de acuerdo?

La respuesta llegó de muy lejos, ya casi no se oía.

— Duerme, hijo mío, duerme. Duerme, que la infancia es muy bonita.